

PATRICE VERMEREN

## Napoleón y Bolívar o las virtudes del Libertador

Considérese, para empezar, esta pregunta: ¿Qué es un héroe de la emancipación? Para abordarla partiré de la obra del escritor, filósofo y periodista ecuatoriano Juan Montalvo, nacido en Ambato, en la Cordillera, el 13 de abril de 1832, fallecido en París, en el cuarto piso de un inmueble situado en el Distrito 26, calle Cardinet, el 17 de febrero de 1889. Es célebre por haber dicho, luego de la muerte del dictador Gabriel García Moreno: “Mi pluma lo mató”. Arturo Andrés Roig ha analizado las influencias saintsimonianas y la dimensión utópica de su recorrido liberal y su pretendido socialismo.<sup>1</sup> Fernando Ainsa escribe de él: es un filósofo que desciende a la arena de lo cotidiano para construir una obra alrededor de la antinomia tiranía-libertad.<sup>2</sup>

*La indignación como postura filosófica y el héroe de la emancipación de la raza hispanoamericana como protagonista de una Iliada semibárbara*

Quisiera considerar a Montalvo no desde el punto de vista de su estilo literario, del que se han subrayado con razón “las raras cualidades, los neologismos, los préstamos de lenguas extranjeras, el equilibrio de las imágenes, de las historias, de las anécdotas, de las ficciones y las realidades, la erudición” (Juan Valera)<sup>3</sup>, sino desde el punto de vista de su estilo filosófico. Miguel de Unamuno, en su prólogo a las *Catilinarias*<sup>4</sup>, sostiene que la indignación salva a Montalvo de su

<sup>1</sup>Arturo Andrés Roig: *El pensamiento social de Juan Montalvo*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, Subsede Ecuador, Corporación Editora Nacional, 1995.

<sup>2</sup>Fernando Ainsa, presentación de *Oeuvres choisies* de Juan Montalvo, París, Unesco/L'Harmattan, collection La philosophie en commun, 1999, publicadas con la colaboración de Mauricio Montalvo.

<sup>3</sup>Juan Valera: carta-prefacio a la *Geometría moral* de Juan Montalvo, Madrid, Ed. Est. Tip. Sucesores de Rivadeneira, 1902, página 35, citada por Plutarco Naranjo: “¿Quién es Juan Montalvo?”, *Oeuvres choisies* de Juan Montalvo, op. cit., página 9.

<sup>4</sup>*Le cosmopolite*, citado por Gabriel Juddé: “Les Oeuvres de Montalvo”, en *Oeuvres choisies* de Juan Montalvo, op. cit.

retórica. Quisiera examinar esta indignación en cuanto postura filosófica.

Dicha postura filosófica se da ya en el título mismo de la primera revista que él publica a partir de 1856: *Le Cosmopolite*. El público y no los partidos es el destinatario de sus escritos. Toma como dimensión el continente americano e incluso Europa y el mundo entero porque su idea rectora es la de llegar a ser ciudadano de todas las naciones. En consecuencia, no se tratará de hacer abstracción de la política, “dado que ella debe ser lo mas importante para los ciudadanos”, sino de hacer política como filósofo. “Tengo para mí que un suceso grande y aprobado por los siglos, una sentencia o apotegma filosóficos, se prestan más para la instrucción y el deleite que la insulsa y dislocada riada de términos vacíos que los ingenios vulgares van echando afuera, sin provecho de nadie, pero sí tal vez en daño de los buenos”.<sup>5</sup>

En esta manera de hacer política filosóficamente, devolviéndole al acontecimiento su dimensión histórica (con respecto a la historia del mundo) y filosófica (el carácter discriminante entre el antes y el después dado por la serie ideal de la historia de las ideas), hay lugar primeramente para la alegría, el júbilo, o como lo dice un título de sus obras, la risa.<sup>6</sup> Es esto lo que lo hace interesarse en el personaje de Don Quijote, *sublime encarnación de la verdad de la virtud bajo forma de caricatura*,<sup>7</sup> que pertenece a todas las épocas y a todos los pueblos.

Examinemos el tema de la república. Al describir el sistema republicano en Francia, Montalvo pone en escena a un anciano -Jules Ferry- tratado como un “pobre hombre” por sus adversarios, pero que se hacía reelegir reivincando que un buen hombre puede ser un hombre bueno.<sup>8</sup> Un día improbable el hombre es derrocado, bajo las rechiflas de manifestantes callejeros que gritan “abajo el prevaricador”, después de una campaña de prensa emprendida por Clémenceau. En la Francia republicana no hay tolerancia para especulaciones e indelicadezas en beneficio de un pariente. Según Montalvo, el pueblo francés es fiel al honor y para él el abuso de confianza es más grave que un crimen. América, a diferencia de la Francia republicana, no derroca a sus gobernantes corruptos; permite, al contrario, que su partido crezca y prospere. Era una manera de referirse al General Veintemilla, conocido por el apodo de “el mudo”, quien derrocado por la fuerzas

<sup>5</sup>*El Cosmopolita*, citado por Gabriel Judde: “Les oeuvres de Montalvo”, en *Oeuvres choisies* de Juan Montalvo, op. cit.

<sup>6</sup>Sabemos que *La risa* de Bergson aparece en 1900 y que es traducido al español en 1904.

<sup>7</sup>Juan Montalvo: *El Buscapié. Prólogo de un libro inédito titulado Ensayo de imitación de un libro inimitable o capítulos que se olvidaron a Cervantes*, Besançon, Imp.J. Jacquin, 1895, retomado en la edición de *Siete Tratados*, París, Garnier frères 1912, tomo 2, op. cit., páginas 259 ss.

<sup>8</sup>Juan Montalvo: “La república en Francia”, tomado del *Espectador*, publicado en *Oeuvres choisies* de Juan Montalvo.

democráticas vació las cajas del banco ecuatoriano antes de abandonar el país. Pero también es una manera de sacar del acontecimiento un sentido propiamente filosófico, la cuestión de la moral en política dentro de una forma republicana de gobierno.

En otro texto de *El Cosmopolita*, Montalvo aborda el tema del poder legislativo en la República. Para hacer esto pasa primeramente por los griegos: Solón pensaba que les había dado a los atenienses no las mejores leyes sino las mejores que ellos podían recibir. Montalvo agrega, como ya lo había observado Plutarco, que el legislador adaptaba las leyes a las cosas y no las cosas a las leyes. Montalvo pasa enseguida de la cultura clásica a la especulación metafísica: “La ley natural es el principio y la fuente de la civil; quien ignore la naturaleza, ignorará la política, y colocado en el eminente sillón de la legislatura, estará fuera de lugar. La felicidad de los pueblos consiste en la sabiduría de los que los gobiernan; la ciencia de regirlos no es tan llana y hacedera como parece”.<sup>9</sup> El planteamiento de Montalvo es propiamente filosófico y apriorístico. Consiste en plantear principios a partir de los cuales se juzgará el acontecimiento, el ejercicio del poder legislativo en América Latina.

¿Qué es la ley? Esta es una pregunta difícil que Montalvo compara con la que Yerón, rey de Siracusa, le formuló a Simónides: ¿Qué es Dios? Simónides pidió un día de plazo, luego dos, después cuatro y terminó por no responder. Montalvo dice que él haría lo mismo si le hicieran la primera pregunta. Confronta a Rousseau (la ley como expresión de la voluntad general) con Bentham (las relaciones eternas son eternos despropósitos), y cita a Sócrates según Jenofonte: “La ley es lo que los ciudadanos de común acuerdo decidieron prohibir o autorizar”.

“Una vez que los legisladores sepan qué es ley, han de saber qué es república. República es el gobierno de todos por todos. Hablo de las repúblicas puras, de aquéllas en que, imperando la virtud, todos son ciudadanos, y todos los ciudadanos toman parte en las cosas del Estado; de las repúblicas libres, sabias, filantrópicas y generosas; de esas repúblicas donde el pueblo tiene voto, y donde este voto no es arrancado a viva fuerza o con inicuas amenazas; donde los magistrados reciben la magistratura como cargo consejil; donde las riquezas son onerosas; donde la pobreza honrada no es ocasión de vilipendio, ni la inteligencia causa de temor, ni la conciencia y hombría de bien motivos de exclusión e insignificancia”. Sin ninguna sorpresa Montalvo evoca aquí a Montesquieu: el principio del régimen republicano es la virtud. En consecuencia los republicanos deben ser virtuosos, puesto que la virtud política es el corolario de la virtud moral. Se opone en esto a Richelieu, “ese Hobbes con sotana que aconsejaba no utilizar a los hombres de

<sup>9</sup> Juan Montalvo, “De la República. El poder legislativo”, tomado del *Cosmopolita*, op. cit., página 248.

bien, y menos si pertenecían al estado llano. En estas sombrías palabras se encierra todo el secreto de la tiranía”.

Montalvo acude también a Montesquieu en apoyo de la idea de una buena distribución de poderes para una buena democracia, acerto comprobado en la Roma antigua durante el reinado de Tiberio, que duró más de veinte años. Esto también se prueba pero en sentido contrario en la América del Sur. “El malestar de las repúblicas sudamericanas consiste, no tanto en sus malas leyes, cuanto en que las buenas no son obedecidas, y en que el poder ejecutivo tiene por ellas mismas facultades exorbitantes, y cuando no las tiene, se las arroga de mano poderosa. La violación de una ley es un paso a la tiranía; yo no la sufriría sino cuando el primer magistrado pudiese hacer este juramento: Juro que he salvado la patria”.

¿Qué es salvar la patria? La patria es para muchos el mando, el sueldo, las bayonetas, el “partido”. Se sabe que los tiranos juran siempre que ellos salvan la patria. ¿Qué patria podrían salvar los tiranos cuando no tienen ninguna? Montalvo concluye con una reflexión sobre el despotismo en América Latina, en donde el poder ejecutivo es siempre preponderante, en donde hay nulidad o envilecimiento del legislativo, y abandono y perversión del judicial. ¿Qué república es esta en que el poder legislativo no es ni más ni menos que un resorte del ejecutivo?, pregunta Montalvo. “Necesitamos ilustrarnos para constituirnos bien; necesitamos civilizarnos para conocer nuestra verdadera felicidad: esa felicidad de buena ley, que nace de las virtudes cívicas, de la libertad medida, del patriotismo puro, de la igualdad bien entendida”.

Lo que yo caractericé, siguiendo a Unamuno, como la postura filosófica de la indignación pasa por una referencia a la moral, considerada como fundamento jurídico de la política, y por la capacidad de juzgar los acontecimientos con respecto a una historia del mundo concebida como historia de las ideas. Una confrontación con lo universal que se manifiesta en una apropiación de un saber que extrae de la Grecia y la Roma antiguas sus paradigmas, a semejanza de las lecturas francesas de Montalvo: Lamartine, Quinet, Michelet y Renan, y que accede también, más allá del liberalismo político, y en su dimensión utópica, a la dignidad de una filosofía del exilio.<sup>10</sup>

Daremos como prueba de esto la relación que Montalvo establece entre Napoleón y Bolívar en su tratado sobre *Los héroes de la emancipación de la raza hispano-americana*,<sup>11</sup> uno de los siete tratados publicados en Besançon en 1883 y

<sup>10</sup>Arturo Andrés Roig, op. cit; véase también Valérie Picaudé y Patrice Vermeren (comp.): *Filosofías del exilio*, Valparaíso, Edeval, 1993.

<sup>11</sup>Juan Montalvo: “Los héroes de la emancipación de la raza americana”, en *Siete Tratados*, Besançon, Imp. J. Jacquin, 1882, nueva edición, París, Garnier frères 1912, tomo 2, op. cit., páginas 141-147: “Napoleón y Bolívar”.

redactados en una población de Colombia, Ipiales, en 1870. (Los otros seis tratados tienen por títulos: *De la nobleza*; *De la belleza en el género humano*; *Réplica a un sofista pseudo-católico*; *Del Genio*; *Los Banquetes de los filósofos*; *El buscapié* –sobre Don Quijote). El autor compara aquí a Napoleón y Bolívar como dos hombres que serían, sin ninguna duda, los más notables de nuestra época tanto en la guerra como en la política. Pero si son semejantes por el genio, diferirían radicalmente en cuanto a los fines perseguidos. Por una parte Napoleón, salido de la tempestad, hace suya la fuerza de ésta y estremece al mundo que lo ha estremecido a él: “Dios hecho hombre, fue omnipotente”. Pero es el dios de los abismos, consagrado a la servidumbre y no a la redención, que enceguece la tierra que recorre con sus siniestros resplandores. Un ser imperfecto por exceso, “mortal, demonio o ángel” provisto de un suplemento que lo coloca más allá de todos los seres superiores del género humano –Platón por la inteligencia, Newton por el conocimiento de lo desconocido, San Bruno por la inocencia, Carlos Borromeo por la caridad, seres dotados de un sentido, una rueda en la máquina del entendimiento, una fibra en el corazón, un espacio en lo más profundo de ellos mismos. “Él se apodera de la revolución y la ahoga a sus pies... Las naciones alzan el rostro, miran espantadas al gigante y doblan la rodilla... Fundió cien coronas en una sola”. En este sentido, la furia de Napoleón no concerniría sólo a una forma de existencia política negativa sino también a un suelo histórico, el de la revolución, que lo constituiría como la figura última del antiguo régimen y de la opresión de los pueblos.

Bolívar tiene como Napoleón el fuego de la inteligencia y un corazón de un temple antiguo. ¿En qué se diferencian? Uno se consagra a destruir naciones y el otro a formarlas; uno a dominar los pueblos, el otro a liberarlos. Serían dos polos de la esfera política, vecinos en el heroísmo. Como los héroes son astros<sup>12</sup>, Napoleón es un cometa que devasta la bóveda celeste y aterroriza al universo, Bolívar un astro benefactor que destruye con su fuego a los tiranos e insufla vida a los pueblos que desfallecen en la esclavitud. Uno y otro nacieron de la revolución, pero el primero culmina el tiempo que la precedió, declarándose a sí mismo opresor de los opresores y de los oprimidos, y el segundo realiza los fines de la revolución: derrocar a los tiranos y establecer los derechos del hombre en un vasto continente. Estos dos héroes tan contrarios se parecen igualmente en la muerte, uno encadenado en medio de los mares, en la isla de Santa Helena, el otro proscrito y solitario al borde del mar cerca de Santa Marta. Pero se separan en su posteridad: la obra de Napoleón es destruida, la de Bolívar prospera. ¿Por qué entonces el héroe de la emancipación es menos conocido por los pueblos que

<sup>12</sup>Véase Miguel Abensour y Valentin Pelosse: *Auguste Blanqui, Instruction pour une prise d'armes. L'Eternité par les astres*, reedition Paris, Sens et Tonka, 2000.

el de la opresión? Montalvo atribuye ello a la falta de España, y también a que Bolívar no contó con las plumas de un Chateaubriand, de una Madame de Stael, de un Manzoni o de un Víctor Hugo y un Lamartine. Quien escribe sobre la importancia del periodismo en el mundo contemporáneo tiene tal vez conciencia de que él mismo hace una obra reparadora, de que él contribuye a hacer visible el destino de Simón Bolívar y a conferirle el justo puesto en la memoria de los pueblos y en la historia.

*El Libertador como partero de la emancipación de América del Sur y la cuestión del Uno en la constitución de la familia latinoamericana.*

Esta comparación entre Napoleón y Bolívar viene de lejos (se sabe que Bolívar mismo transportaba en su biblioteca de campo narraciones de la vida y las campañas de Napoleón). Encontramos dicha comparación, por ejemplo, en Jules Reynaud cuando escribe en 1839, en la *Encyclopédie Nouvelle*,<sup>13</sup> que a los ojos de la posteridad, la emancipación de América meridional será quizá juzgada como el acontecimiento político más considerable del siglo diecinueve, porque es un gran cambio en la condición general del ser humano. Mientras que los combates de Napoleón y sus subsiguientes conmociones, piensa Reynaud, tienen su principio en el siglo dieciocho y en la Revolución francesa, de los que no son más que un apéndice, la revolución en América es propia y particular del nuevo siglo. Para expresarlo con la metáfora del parto, los pueblos le asignaron a Bolívar no la paternidad de la criatura sino la ayuda para su nacimiento, y le otorgaron el papel protagónico en el gran acto del alumbramiento: “él forzó la producción de ese feto de la naturaleza”. Ayudó a los pueblos esclavizados de América del Sur en su obra de autoemancipación comenzada por la rebelión de los criollos civilizados y algunos llaneros contra la madrastra España que quiere retener sus colonias en la impotencia y la imbecilidad, con la ayuda del clero aliado de la realza. Paradójicamente la reivindicación de independencia se produce en reacción contra la abdicación de los Borbones de España y su sustitución en el poder por José Bonaparte. De manera igualmente paradójica, la revolución republicana aparece primero como una reivindicación realista, con la rebelión dirigida por el general Miranda, antiguo compañero de Washington. Bolívar es llamado justamente el Libertador por haber ayudado con su genio guerrero a los pueblos en su tarea de emancipación y por haberlos llevado, incluso si él se detiene en el camino, hasta el umbral de la legislación.

<sup>13</sup>Artículo “Bolívar” de la *Encyclopédie Nouvelle* publicada bajo la dirección de Pierre Leroux y Jules Reynaud, París 1839.

Bolívar, miembro de una de las ricas y nobles familias de la colonia, vino a estudiar a España y visitó Europa. Durante su estadía en Francia asiste a tres escenas premonitorias: la proclamación del emperador en Saint-Cloud el 18 de mayo de 1804; luego la coronación de Napoleón por el Papa el 2 de diciembre de 1804; y finalmente, el matrimonio de Napoleón con María Luisa de Austria en la catedral de Nuestra Señora de París. Con respecto al segundo de estos hechos, Reynaud se refería a él como “ese poderoso acto del político que transformaba a un generoso libertador en un amo, pero que también, hay que convenir en esto, testificaba altamente el valor y el triunfo de la unidad”.

Para pintar la figura de Napoleón, Reynaud se inspira sin duda alguna en un curioso artículo de Pierre Leroux aparecido en *Le Globe* en 1829<sup>14</sup> que contradecía las opiniones liberales profesadas por el periódico. Napoleón es descrito en este artículo como quien quiso generalizar en Europa los resultados de la Revolución Francesa. Extender la civilización francesa era preservarla: “Preservar a Francia cambiando a Europa, he ahí el problema al que se enfrentaba Napoleón”, escribe Leroux. “Para resolverlo no apeló a la insurrección, a los oradores, a los clubes; no hizo ruinas que habrían estorbado su paso. Quiso hacerlo todo con los ejércitos, con los administradores, y con su código. Proceder de esta manera era, en otros términos, fundar un gran imperio unitario, una monarquía europea”.<sup>15</sup> Como Leroux, Reynaud hace de la unidad el principio regulador de la acción política de Napoleón pero también de la de Bolívar, quien se habría sumado tardíamente al campo de la revolución porque no estaba convencido de la bondad de los intentos de federación. Tras fugarse de la cárcel de Puerto Cabello, y no bien llegado a Cartagena, despliega de repente su proyecto emancipador: *reunir fuerzas de toda América en una sola acción*. ¿Viene de Dios o del hombre su plan de encerrar al enemigo en un solo nudo entre la Nueva Granada (Colombia), Venezuela y Quito? Ignoro la respuesta, escribe Reynaud, pero comprobamos que es así como actúa el Libertador desde el principio, como era necesario actuar. El fin de la emancipación justifica los medios. Bolívar lanza desde el mismo lugar su famosa y cruel declaración de guerra a muerte contra los Españoles: “Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la buena causa, por todos los medios más activos y más eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la

<sup>14</sup>Pierre Leroux: *Philosophie de l'histoire*. De la politique extérieure au dix-neuvième siècle, et du perfectionnement du droit international (1er. article Systeme de Napoleón), *Le Globe*, 24 juin 1829, repris dans Pierre Leroux: *Aux philosophes, aux artistes, aux politiques. Trois discours et autres textes*, texte établi et préfacé par Jean-Pierre Lacassagne, postface de Miguel Abensour, Paris, Payot, collection Critique de la politique, páginas 41 ss.

<sup>15</sup>Pierre Leroux, op. cit., página 46.

patria y por consiguiente irremediabilmente pasado por las armas”. Se hizo llamar dictador, y concentró en su persona toda la fuerza de un gobierno militar absoluto en Caracas. Luego dimite, retoma los combates, huye a Jamaica, y vuelve para reconquistar Venezuela, esta vez ya no por Colombia sino por Guyana. En este recorrido se cumple una de las figuras posibles del destino individual de Bolívar, pero estamos también, y en primer término, ante el principio de la independencia de América Latina como evento histórico convertido en posibilidad. Pisoteando la Constitución federal, escribe Jules Reynaud, Bolívar proclama la reunión en un solo Estado de todas las provincias de Venezuela y de la Nueva Granada. La libertad de Colombia, además, no podía ocurrir sin la del Perú y la de Bolivia. Este es el resumen de su vida política y su mejor crédito para la inmortalidad. El Libertador, después de haber hecho naciones, sueña con una familia de naciones, desde Méjico a Buenos Aires. El Congreso de Panamá convoca a una Santa Alianza republicana contra la Santa Alianza monárquica. Pero Ecuador y Perú se rebelan y acusan a Bolívar de tiranía. En un gesto al estilo antiguo, escribe Reynaud, el Libertador renuncia al poder presidencial y toma el camino del exilio. No llega a Europa y muere de fiebre a los cuarenta y tres años cerca de Santa Marta. Había dicho: “¿Me creen tan insensato como para degradarme a mí mismo? ¿El título de Libertador no es acaso más glorioso que el de soberano?”.

La imagen de Napoleón aparece dos veces más en el texto. La primera para recordar que Bolívar se opuso radicalmente a la idea de que Napoleón huyera de Santa Helena para establecerse en Louisiana.<sup>16</sup>

La segunda cuando Reynaud evalúa la vida de Bolívar, dice que él pertenecía a la escuela de Napoleón y que supo beneficiarse de las lecciones tanto de la caída como de las victorias de éste, como se puede apreciar en la guerra a muerte a los españoles, la reunión en un solo cuerpo de naciones de Venezuela, Ecuador y Colombia, la incitación a las naciones americanas a estrechar los lazos de su comunidad y a unirse en una sola familia. ¿Será esta la forma en que Reynaud le construye una posteridad gloriosa al Libertador, en el sentido en el que Pierre Leroux, por su parte, quería continuar los planes de la Revolución y de Napoleón: “Comprender el pensamiento que presidía a la conquista y seguirlo por otras vías”?

<sup>16</sup>Véase la carta escrita en Kingston por Simón Bolívar al Presidente de las Provincias Unidas de Nueva Granada, citada por Germán Arciniegas: “Napoleón o Washington”, en los *Cahiers de l’Herne*, 1986, p. 213. En esa carta Bolívar dice que una fuga de Napoleón hacia América sólo traería males al continente, porque transportaría a su seno el tremendo teatro de la guerra que por más de 20 años ha afligido a Europa. En esa eventualidad, Bolívar se declara dispuesto a combatir a Napoleón “sea cual fuere su fuerza, sea cual fuere la política que se proponga seguir”.



*El 18 Brumario de Simón Bolívar, o el Napoleón de la retirada*

El Libertador puede aparecer también como un antihéroe. En un artículo publicado en *The new American Cyclopaedia* (1858-63)<sup>17</sup> bajo el título “Bolívar y Ponte”, Carlos Marx le atribuye los rasgos de carácter de un cobarde. Bolívar rehúsa unirse a la revolución de 1810 en Caracas, negocia sin gloria armas en Londres, huye y abandona sus hombres a la masacre con ocasión de la revuelta de los presos en Puerto Cabello, entrega el general Miranda a los españoles, vence sin penacho a un ejército español compuesto de indígenas que huyen en cada etapa e inclusive es dirigido por cobardes. “Como la mayoría de sus compatriotas, era enemigo de todo esfuerzo prolongado y su dictadura pronto se sumergió en la anarquía militar; los más importantes asuntos estaban en manos de favoritos que malgastaban las finanzas del país y recurrían enseguida a medios indignos para recuperarlas”. En cada batalla abandona a sus tropas, huye, y son los otros generales los que las ganan; saquea las ciudades que habían ofrecido capitular. Más tarde, será amenazado con ser juzgado por Brion como desertor y pusilánime. Va a buscar refuerzos y no vuelve, provocando una masacre; Piar, el conquistador de Guyana, lo llama *el Napoleón de la retirada*, y Bolívar se venga haciéndolo fusilar. Acepta tratados prematuros con los españoles. Siempre amenaza con renunciar. Va hasta sostener las sediciones de los federalistas con tal de legitimar y mantener su dictadura. Su salida misma es forzada pues habrá intentado hasta lo último conservar el poder. De otra parte, el general Ducourchey Holstein informa que a Bolívar lo que más le gustaba era sentarse y extenderse en su hamaca, que se dejaba llevar por arranques de furia que eran casi crisis de locura, que se apasionaba por las lecturas francesas fáciles, por el baile del valse y por montar a caballo, y que con gusto se escuchaba hablar a sí mismo.

Ya no es Napoleón Bonaparte sino Napoleón III, como lo indica Marx en una carta a Engels: “En lo que concierne al estilo tendencioso (de mi artículo sobre Bolívar) confieso haberme alejado un poco del tono de la Enciclopedia. Da mucha rabia ver comparar al cobarde más cobarde, al más vulgar y miserable con Napoleón primero. Bolívar es el verdadero *soulouque*”.<sup>18</sup> Louis Janover, en “*Le Libertador tel qu’en lui-même*”<sup>19</sup> señala que, más profundamente, Bolívar moder-

<sup>17</sup>Karl Marx: “Bolívar y Ponte”, *The New American Cyclopaedia*, New York, 1858-1863, tomo 3, artículo del 8 de enero de 1858, reeditado en francés por Louis Janover, Arles Sulliver, 1999.

<sup>18</sup>*Correspondencia Marx-Engels*, carta de Marx a Engels del 14 de febrero de 1858, op. cit., página 30.

<sup>19</sup>Louis Janover: *Le Libertador tel qu’en lui-même*, páginas 28-43; véase también Maximilien Rubel: *Karl Marx devant le bonapartisme*, París, Mouton, 1960.

niza la sociedad sin cambiar sus bases, y que detrás de la imagen de un lector de Voltaire, de Montesquieu y de Rousseau, Marx ve en Bolívar rasgos del bonapartismo clásico y del tribuno popular y manipulador, siguiendo el tono de *El Dieciocho Brumario de Louis Napoleón Bonaparte*. Además, en esa época, Bolívar no tiene buena prensa, los liberales lo critican por predicar la centralización y por su autoritarismo, los republicanos desconfían de él porque lo ven como un monarquista larvado, y piensan que su reivindicación unitarista latinoamericana pasa por el anti-europeísmo<sup>20</sup>. En América Latina, *Bolívar y Ponte* se publica en 1936 con un prefacio de Aníbal Ponce quien declara su completo acuerdo con Marx, porque el autor quiere combatir las teorías nacionalistas latinoamericanas de Víctor Raúl Haya de la Torre y de José Vasconcelos.<sup>21</sup> Ponce recusa todo llamado a un bolivarismo democrático y antiimperialista bajo cubierta de una heroización de Bolívar -un destino por lo demás prometido a una larga posteridad.<sup>22</sup>

¿Cuál podría ser el futuro de la figura del Libertador como héroe de la emancipación? Para discernir los contornos conceptuales de la respuesta, habría que volver a los análisis de Miguel Abensour quien establecía cómo la supresión del olvido de lo político contendría necesariamente el redescubrimiento del heroísmo.<sup>23</sup> Habría que volver también a Georges Navet, en particular a sus comentarios de *De Mente heroica* de Vico traducido por Michelet,<sup>24</sup> en los cuales se pone de nuevo en escena esa fuerza activa y autónoma destinada a dejar su impronta -favorable o desfavorable- en el acontecimiento revolucionario. Se cuestionaría entonces la ideologización o la mitologización del héroe de la emanci-

<sup>20</sup> Pedro Scaron, presentación de Bolívar y Ponte, “Materiales para la historia de América Latina”, *Cuadernos de pasado y presente*, número 30, México, 1979, p.76-93; véase también José Arico: *Marx y América Latina*, cap. 8: “El Bolívar de Marx”, Lima, Centro de Estudios para el desarrollo y la participación, 1980, Buenos Aires, Catálogos, p.116 ss. y nota VII, p.178.

<sup>21</sup> Aníbal Ponce: prefacio a Bolívar y Ponte, en *Dialéctica*, marzo 1 de 1936, retomado en Aníbal Ponce: *Obras Completas*, Buenos Aires, Cartago, 1974, tomo IV, p. 562, op. cit.

<sup>22</sup> Véase por ejemplo Ricardo A. Martínez, *El panamericanismo, doctrina y práctica imperialista*, Buenos Aires, Editorial Alumine, 1957, p.97: “Las ideas del Libertador conservan su actualidad y vigencia (...) Las ideas internacionales de los libertadores fueron en su época simples anhelos utópicos; pero en la época en que vivimos, son consignas de lucha anti-imperialista”, citado por Germán Carrera Lamas: *El culto a Bolívar*, Universidad Central de Venezuela, ediciones de la Biblioteca, 1973; véase también Louis Janover, op.cit., p. 39.

<sup>23</sup> Miguel Abensour: “Rire de lois, des magistrats et des dieux” en *Jean Borreil. La raison de l'autre*, préface de Maurice Matieu et Patrice Vermeren, París, L'Harmattan, 1995, p. 85 ss.

<sup>24</sup> Georges Navet: *Rhétorique, imagination et monde civile chez G.B. Vico*, Paris, Les papiers du college.

pación no como una figura posible del olvido de lo político, sino en su posición singular dentro de la relación enigmática de esclavitud y libertad. En otras palabras, el Libertador, como modelo de todos los modelos, como causa de sí para sí (Stanislas Breton) y fracasando en su rechazo de la imitación.

Por esto el fracaso personal de Bolívar sería la condición de posibilidad del invento de la república en América Latina, y lo que permitiría en el futuro hacer de él la figura positiva de la emancipación, en el olvido de Napoleón, convertido en su doble y en su negación. Como lo señaló Ana Cecilia Ojeida,<sup>25</sup> ese “Dios en la tierra” según la expresión de Pablo Neruda,<sup>26</sup> celebrado en estos términos por Gabriel Picón Febres en los *Sonetos a Bolívar*:

César o Napoleón por la estatura  
los ojos negros, el perfil romano  
y en la perfecta urdimbre de la mano  
el nervio de la ibérica bravura<sup>27</sup>

pudo ser comparado por Rubén Darío<sup>28</sup> con el cóndor andino, admirado por su majestad y su poder, y su vuelo convertido en símbolo de libertad, sobre los Andes, del Chimborazo a Torquemada.<sup>29</sup> ◇

*(Traducido del francés por Víctor Florián B.  
Profesor Titular Universidad Nacional de Colombia)*

<sup>25</sup> Ana Cecilia Ojeida: *Le mythe bolivarien dans la littérature latinoaméricaine*, tesis de doctorado, Universidad de París III, 1996.

<sup>26</sup> Pablo Neruda: *Canto para Bolívar*, leído en la Universidad de Méjico el 24 de julio de 1941, citado por Ana Cecilia Ojeida, ibidem.

<sup>27</sup> Gabriel Picon Febres: *Sonetos a Bolívar*, citado por Ana Cecilia Ojeida, ibidem.

<sup>28</sup> Rubén Darío: *Oda* (con ocasión del centésimo aniversario de Simón Bolívar), citado por Ana Cecilia Ojeida, ibidem.

<sup>29</sup> Este trabajo fue elaborado en el marco del programa franco-argentino de filosofía ECOS-SC y TA98H03 (Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires y Centro de investigaciones políticas de la Sorbona, CNRS -Universidad de París I).